

Capítulo 22 - - Simpatía y Defensa - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Publicación de Julio 3]

Sebastián

Mes 11, Día 2, lunes, 15:25.

Sebastián cambió de opinión a mitad de camino a la biblioteca y, en lugar de eso, llevó la caja con los materiales de ejercicios mágicos que Lacer le había dado a su habitación, donde la encerró en el baúl al pie de su cama. 'No sería conveniente que alguien sabotee mi capacidad de cumplir con las expectativas del Profesor Lacer.' Luego, se dirigió a la biblioteca y comenzó a trabajar.

Tenía una cantidad increíble de tareas por hacer, y muy poco tiempo para lograrlas. Incluso una mente como la suya no podría avanzar sin esfuerzo en lo que le esperaba. 'Cinco días de clases a la semana. Seis asignaturas, cuatro de ellas con dos sesiones por semana y dos con tres, sumando un total de veintiún horas en clase cada semana. Supongamos que estudio seis horas por semana por cada materia, excepto la de Confección Práctica, que debo dedicar más de dos horas diarias si quiero ponerme al día. Además, cuatro horas diarias para comer, higiene, desplazamientos entre clases y otros tiempos de transición inevitables. Quizá pueda seguir trabajando a menor ritmo en esos momentos, pero también necesito tiempo para que mi mente descanse, o podría comenzar a tener problemas con la Voluntad. Además, si quiero saldar mi deuda antes de que los intereses me ahoguen, necesito comenzar con la alquimia que Katerin y el Ciervo Verde requieren. Eso puedo hacerlo los fines de semana.'

Observó el número que había anotado en el borde de su cuaderno de cuero nuevo. 'Eso casi equivale a tantas horas como la mayoría de la gente está despierta cada semana. Hablando de eso, probablemente deba incrementar mis horas de sueño en total. Quizá pueda tomar siestas por la tarde.' Agradecía que el Profesor Lacer le hubiera advertido que no tomara más de seis clases. Si hubiera añadido Artesanía también, probablemente colapsaría por la carga laboral.

Leió durante un par de horas la lista de libros recomendados por el Profesor Gnorrish, y luego comenzó la tarea que le dejó el Profesor Lacer. Le tomó más tiempo de lo previsto, y casi había terminado la hora de cenar cuando logró crear diez distintos y completamente desarrollados

conjuntos de encantamientos que movían la esfera por el Circulo. Se apresuró a comer, y luego regresó a su dormitorio, donde la mayoría de los estudiantes ya estaban reunidos. Muchos charlaban o trabajaban en sus tareas, formando un murmullo monótono e indistinguible.

Sebastián se quitó la almohada de la cama y se sentó en ella, cruzando las piernas en el suelo, dibujando un sencillo conjunto de hechizos frente a sí. Encendió su pequeña lámpara de aceite para actuar como fuente de calor. Cuando movió la esfera de acero durante treinta minutos, le empezó a doler la cabeza y le costaba concentrarse—primeros signos de cansancio en la Voluntad. Si seguía así, no podría lanzar sus hechizos de sueño profundo ni de alarma, así que cerró las cortinas y se acostó temprano.

El familiar pulso en su corazón la despertó del sueño en la vigilia. Se levantó con movimientos controlados y apartó la cortina para presionarse contra el frío cristal de la ventana junto a su cama. La condensación de su respiración empañó el cristal, y dibujó una carita triste en él.

La cara triste se desvaneció, y se encontró observando su propio reflejo difuso. Ojos oscuros, mandíbula afilada y un cabello sorprendentemente pálido enmarcándolo todo. Lo único que reconocía eran sus ojos. ‘Esos todavía son míos. Mis ojos mirando desde esta máscara.’

Con la mayor discreción posible, regresó a su cofre cerrado y extrajo la rueda de arena. En esta ocasión, empleó un conjunto distinto de glifos respecto al día anterior, y replanteó mentalmente el método de movimiento. Mientras investigaba las diferentes combinaciones de hechizos la noche previa, ideó algunas formas más innovadoras para alcanzar su objetivo. Antes, controlaba directamente la pelota conforme se desplazaba, guiándola con una mano mental. Sin embargo, existían otros enfoques para resolver el problema, dos de los cuales le parecieron especialmente interesantes.

Practicaría durante casi una hora, iluminada por la lámpara de aceite, descubriendo que la magia la calmaba más rápido de lo que había anticipado. El susurro constante y reconfortante de la arena removida era audible en la quietud.

Toser de la cama en frente suyo llamó la atención de Sebastien, cuando la muchacha se deshizo de las sábanas y se levantó.

—Oh, perdona, ¿te desperté—

La joven agitó torpemente su brazo en dirección a Sebastien y tropezó al dirigirse hacia el baño, con los ojos aún nublados por el sueño. Cuando volvió unos minutos después, parecía un poco más despierta. —¿Prácticas para el profesor Lacer?— preguntó.

Sebastien asintió. —Lamento si he perturbado tu descanso, ¿cómo te llamas?—

—Anastasia Gervin—, respondió ella, sentada en el borde de su propia cama con las piernas cruzadas, mientras su largo cabello suelto atrapaba la luz de la llama de la lámpara de manera simple.

—Encantada de conocerte, entonces, Miss Gervin—, inclinó ligeramente Sebastien desde su posición sentada.

—Por favor, dime Ana. Aquí hay demasiadas Gervin como para ser tan formal. Causa confusión. Y ya sé tu nombre, nos conocimos hace tiempo, cuando mi primo Alec era un auténtico imbécil—.

Sebastien no pudo evitar una mueca de sonrisa ante la descripción, aunque no permitió que le desarmara. ‘Quizá se solidarice conmigo en privado y luego haga lo mismo con otros a mis espaldas’, pensó. En voz alta, comentó: —Lo recuerdo. No estaba segura de que tú lo hicieras—.

La muchacha le ofreció esa misma sonrisa torcida que había tenido el día de la solicitud de ingreso. —Quizá eres más memorable de lo que crees—. Antes de que Sebastien pudiera intentar averiguar a qué se refería, ella continuó. —Tienes una dedicación admirable, para levantarte en medio de la noche solo para practicar. No es de extrañar que el profesor Lacer te eligiera—.

Sebastien sabía que la chica estaba equivocada, pero prefirió no decirlo. —Creo que es mejor estar preparada—.

Ana soltó una pequeña sonrisa. —Es una buena estrategia, pero, ¿no necesitas dormir?—.

—Me cuesta dormir—, confesó Sebastien—. Volveré a acostarme en un rato, cuando me canse—.

Ana hizo un sonido indiferente, regresando a su cama y cerrando los ojos.

Al volver a cerrar sus cortinas para bloquear la luz de la lámpara, Sebastien hizo lo propio. Cortinas más gruesas serían útiles para no molestar a los demás residentes del torreón, si quería continuar practicando magia en su cama mientras dormían.

Tras dos sesiones de sueño, Sebastien despertó sintiéndose más renovada que de costumbre, a pesar de la fatiga mental que había acumulado.

Su primera clase del día fue Historia de la Magia. Por una vez, Damien Westbay no parecía estar presente. Tampoco ninguno de los otros conocidos de su grupo de estudiantes.

La profesora Ilma, una mujer con piel de tono azul pálido que evidenciaba un linaje parcialmente inhumano, comenzó de inmediato con el meollo de la clase, sin perder tiempo en prepararlos suavemente.

Ella comenzó desde el principio. “¿Cuándo fue que la magia fue descubierta por los seres humanos por primera vez? La investigación histórica y la arqueología sugieren que los primeros humanos pensantes poseían una magia rudimentaria. Fuegos que brotaban sin herramientas, animales encantados para obedecer sus órdenes, estructuras moldeadas más allá de las capacidades tecnológicas de su tiempo. No se sabe si los humanos descubrieron la magia de forma orgánica o si aquellos que nos precedieron de alguna manera contribuyeron a nuestro progreso. La cantidad de teorías en ambos sentidos es abundante entre los historiadores. Deberás escribir un ensayo que analice los argumentos más sólidos en ambos lados, con entrega para la próxima semana.”

Esperó mientras la clase se apresuraba a copiar esa información, y luego continuó. “Sin embargo, algunos sostienen que la capacidad de usar la magia no es el factor que nos llevó a nuestra civilización actual. La magia es simplemente una herramienta, y la verdadera razón de nuestro auge radica en nuestra habilidad para cooperar y trabajar en conjunto por el bienestar de todos. ¡Y aún así!” Levantó un dedo azul más alto. “¡Y aún así, nos ha tomado miles de años alcanzar este punto! Parte de ello puede deberse a la naturaleza misma de la civilización, un crecimiento incremental basado en los logros de nuestros antepasados. Otra parte puede ser que el mundo antiguo, después del Cataclismo, fuera demasiado peligroso para que la verdadera sociedad humana prosperara. Era difícil construir una ciudad en tiempos en los que un Titán podía cruzar y aplastarla, como un niño pateando una hormiguera... y luego devorar todas las hormigas que quedaban esparcidas por ahí, por un toque de gracia. Volemos una chispa de especulación acerca de la causa de la caída de los Titantes, las hadas, los brillantes. Tan poderosos, con magias que ni nuestros más destacados pueden igualar, y aun así, desaparecieron y nosotros seguimos aquí. ¿Por qué? ¿Es simplemente la ley natural de que todos los seres poderosos deben caer algún día, que todos los imperios están destinados a derrumbarse?”

Sebastián permaneció embelesado.

La profesora Ilma les entregó una lista de libros recomendados y los despidió de su aula con prontitud.

Su segunda clase era Ciencia Simpática. Sebastián casi brinca del susto cuando Anastasia Gervin estampó su mano sobre el escritorio a su lado, pero al elevar la vista vio que la otra chica la miraba con furia en dirección opuesta.

Ana se volvió hacia Sebastián, adoptando una sonrisa radiante. “Sebastián. ¿No te importa si me siento aquí, verdad?”

“¿A quién estaba mirando con esa expresión?” Sebastián negó con la cabeza, disimulando su desconcierto, intentando que su expresión no revelara su inquietud. “Para nada. Siéntete libre.”

La prima de Anastasia, aquella con cejas negras y tupidas, le lanzó a Sebastián una mirada de reproche que ella decidió ignorar, mientras Westbay se acomodaba en su otro lado, desplomándose con soltura.

Sintió cómo se tensaba, y esperó que no fuera perceptible. “Esto parece una especie de ataque en pinza,” pensó. Sin embargo, salvo una mirada astuta de Westbay, nadie hizo nada que justificara su aprensión.

Entró un anciano con una chaqueta probablemente comprada en su adolescencia, cuando todavía estaba a la moda, y se presentó como el profesor Pecanty. Con un ritmo cadencioso y una pronunciación pausada, hacía que todo lo que decía pareciera poesía: “Hablemos de metáforas. ‘Las mentiras de seda caían de sus labios.’ ‘Su cabello era oro hilado.’ ‘Nadé a través de un océano de incertidumbre.’ Son solo algunos ejemplos. Consideren que en el hechizo menor de verdad de Rimple se usan tres hilos de seda. En el conjuro de Curoe para la justicia se incorpora un poco de glitter dorado para realzar el tono y el brillo del cabello y la piel. La escarcha de mar que se acumula en noches sin luna se emplea en algunos hechizos de olvido.”

Mientras el profesor Pecanty profundizaba en la relación entre conceptos efímeros y magia, una parte de la mente de Sebastián comenzó a girar, formando un hilo de curiosidad.

Dryden le había contado varias historias sobre sus viajes por los países cercanos, e incluso algunas incursiones en tierras habitadas por otras especies. Había experimentado más de un incidente divertido o embarazoso, surgido de diferencias culturales.

Como aquella vez en que todos en la mesa, excepto él, habían eructado, y su anfitrión se había ofendido porque él no lo había hecho, ya que eso era una muestra vulgar de que a Dryden no le agradaba la comida.

O la historia acerca de cómo estuvo a punto de ser muerto por la guardia de la ciudad cuando le ofreció su mano para ayudar a una mujer coja que llevaba una faja roja, símbolo de su condición de venerada portadora de bendiciones, y por ello intocable.

O aquella vez en que, por accidente, propuso matrimonio a una mujer lo suficiente mayor como para ser su abuela, al sacar agua del pozo para ella. Esa fue especialmente divertida, pues todos estaban demasiado avergonzados para explicarle por qué actuaban tan incómodamente, pero nadie pensó en preguntarle si sabía qué había hecho. La confusión duró varios días, en los que todos continuaron actuando con malentendidos, interpretando sus acciones posteriores a partir de aquel primer favor inocente.

‘Pero nosotros no seguimos esas costumbres o creencias aquí en Lenore. Entonces, ¿qué hay de las conexiones empáticas de las que habla? Aquí, el rojo se asocia con la pasión, la sangre y la muerte, no con bendiciones divinas, aislamiento o estar "separado". ¿Podría yo usar una faja roja para esas cualidades? ¿La magia de algún modo elige qué significados puede tener un objeto? ¿O podría usar cualquiera de ellos?’

Ella frunció el ceño, tomando notas y formulando preguntas en su grimorio. Sentía que una comprensión mayor se escapaba justo fuera de su alcance, revelándose solo parcialmente a través de la oscuridad. ‘Las diferentes culturas tienen lenguajes con estructuras distintas, cuentan historias distintas, usan metáforas variadas. Para ellos, somos nosotros quienes pareceríamos extraños por relacionar la seda con un hechizo para decir la verdad, o el rocío del mar en una noche sin luna con una maldición.’

Se desplazó incómoda, la voz rítmica de Pecanty desvaneciéndose en su concentración mientras sus dedos apretaban el bolígrafo. ‘En todo el mundo se usa la transmogrificación. Es la forma más antigua de magia. Nosotros hacíamos cosas con transmogrificación mucho antes de entender los principios que permiten replicar estos efectos mediante transmutación. ¿Ha habido usos históricos de componentes que hayan sido abandonados en favor de nuevas interpretaciones de sus conexiones empáticas? Parece imposible que haya otra explicación. La percepción humana del mundo ha cambiado muchísimo en los últimos miles de años. Así que, si la transmogrificación funcionaba para los antiguos humanos, y funciona para extranjeros, e incluso para otras especies con culturas completamente diferentes, esas conexiones empáticas no podrían ser una propiedad intrínseca de la magia... ¿verdad? No puede ser que hayamos descubierto instintivamente conexiones empáticas totalmente contradictorias para los mismos colores, números y

componentes. Tiene que ser algo creado por... ¿nosotros?’

La idea le parecía extraña, y vagamente aterradora. Dejó caer su pluma y trató de concentrarse en la lección. Necesitaba aprender lo que Pecanty tenía que decir, por si acaso los evaluarían. No podía permitirse un rendimiento deficiente por distracción.

Después de clase, se quedó para preguntarle al profesor Pecanty sobre aquella revelación.

“¿Evidencia experimental?” replicó, como si las palabras fueran extranjeras o quizás absurdamente desconectadas del tema. “La prueba está a tu alrededor. La transmogrificación funciona con esas cualidades intrínsecas, y intentar lanzar un hechizo con un componente que no cumple con los requisitos es difícil o imposible.”

Frunció el ceño. —¿Pero cómo funciona? ¿Quién decide cuáles son las cualidades intrínsecas? Si yo empezara a decirle a todo el mundo que las palomas pueden leer el mal en su corazón, y ellos creyeran eso, ¿podría usar sus ojos en un hechizo de adivinación por intención? ¿O no podría, porque sé que las palomas no pueden, en realidad, leer el mal escondido en una conciencia? ¿La magia se adapta para ajustarse a nuevas comprensiones o creencias? Si es así, ¿qué tan rápido sucede? ¿Existen hechizos de transmogrificación antiguos que hoy en día ya no funcionan? ¿Y qué pasaría si yo creyera de verdad que las palomas pueden leer el mal en mi corazón, mientras todos los demás piensan que simplemente son aves estúpidas y molestas?

El profesor Pecanty le parpadeó por un momento, meciéndose ligeramente en sus pies. —¿Quién decide las cualidades intrínsecas? —repitió, como si la pregunta le pareciera un poco divertida—. Pues, es propio de los jóvenes plantearse esas cuestiones. Parece que alguien con una mente tan analítica como la tuya podría desenvolverse muy bien en las Ciencias Naturales. Yo mismo creo que esas preguntas quizás sean inefables, mejor dejarlas en manos de la sabiduría de aquellas especies más cercanas al corazón de la magia que nosotros los humanos. La magia no requiere de mi interrogatorio para existir, sino de mi aceptación y de la pequeña comprensión que mis años me han concedido. —Le regaló una pequeña sonrisa que ella imaginó pretendía parecer sabia y erudita—. Reunió sus cosas, y la dejó allí, sola en el aula vacía, con una satisfacción que parecía completa y consigo mismo, satisfecho con su respuesta.

—Básicamente, ha dicho que solo tengo esas preguntas porque no soy lo suficientemente mayor o sabia para aceptar en silencio lo que se me ofrece y sentirme agradecida —murmuró.

Al salir del aula, Damien Westbay caminó junto a ella. Aparentemente, había estado esperando afuera para que ella saliera. —Pecanty no tiene curiosidad —dijo el muchacho sin rodeos, dejando que la afirmación sonara como un juicio devastador—. El profesor Lacer dice que no tener una opinión sobre un asunto indica una de dos cosas: o “no deseo invertir recursos para entenderlo”, o “lo comprendo y las evidencias apuntan solo a una respuesta, y esa respuesta es neutralidad, al menos hasta que se presenten más pruebas.” El joven habló con la claridad y precisión de Thaddeus Lacer, citándolo.

—Dice que la mayoría de la gente no entiende eso —prosiguió—, y que lo que realmente quieren decir es “yo estoy por encima de todo esto”, “soy sabio”, o “soy perezoso”. Y probablemente se estén engañando respecto a cuál de esas tres cosas son en realidad —volvió a girar la cabeza

hacia Sebastien, evaluando su reacción.

—El profesor Lacer no carece de curiosidad —dijo Sebastien, afirmando esa certeza incluso mientras pronunciaba las palabras—. Westbay expresó esa palabra como si fuera una ofensa, y ella se encontró en desacuerdo con él. “Qué triste, nunca cuestionar. Qué poca ambición. Uno no llega a ser grande solo aceptando lo que le dan y sin aspirar a más.”

Westbay le regaló una pequeña sonrisa burlona. —No, no lo es. Y yo tampoco —replicó—. Espero que no pienses que tú eras la única a quien le daban ejercicios adicionales. —Antes de que pudiera responder, aceleró el paso y giró en una esquina hacia un aula, su expresión diciendo mejor que cualquier palabra que había quedado a su atención de él.

‘Observa, un ejemplo salvaje de la personalidad anticonceptiva, en su hábitat natural.’ Ella resistió la tentación de fruncir el ceño. Fruncirlo significaría que le había afectado, algo que se negó a permitir que fuera cierto.

Después de un almuerzo rápido y otra visita a la biblioteca, revisó su mapa, confirmando que era necesario abandonar el edificio por completo para asistir a la Clase de MagiaDefensiva. Se dirigió hacia el lado norte de los terrenos universitarios, caminando rápidamente para que los quince minutos entre clases fueran suficientes para llegar puntual.

El césped verde y los árboles dieron paso a un suelo desnudo y blanco cuando llegó. Los Flats, contrariamente a su nombre, no eran en absoluto planos. De hecho, algunas de las mesetas de piedra blanca parecían haber sido moldeadas deliberadamente con grandes plataformas, muros bajos e incluso algunos aros. Parpadeó con sorpresa al pasar por lo que parecía ser una fosa de picas, una leve sensación de alarma ascendiendo en su interior. En la distancia, había un edificio, pero nuestro profesor los esperaba en el campo.

Reconoció a ese profesor desde el examen de ingreso. Era el de los músculos y la armadura, quien le había preguntado sobre cómo luchar contra el Emperador de Sangre.

Les hizo formar fila y luego caminó de un lado a otro mientras hablaba en voz alta, con un tono que se escuchaba lejos y rebotaba en las piedras circundantes. “Mi nombre es Elwood Fekten. Serví en el ejército durante los escarceos fronterizos y en la Guerra de la Neblina antes de eso. No necesito títulos. Me llamarán Fekten. La persona que enseñó esta materia antes que yo lo hacía en un aula, con un libro de texto. Era muy conocedor, y sus estudiantes adquirieron conocimiento. Comprendían que el alarido de una banshee es mortal a cinco metros, y puede reventarles los tímpanos y dejarlos inconscientes a diez. Habían aprendido que la mejor manera de evitar esto era lanzar un hechizo que cancelara vibraciones y enviar chispas de auxilio, ya que cualquier llamada de ayuda no saldría de los límites del cancelador de vibraciones. ¿Alguien puede decirme por qué seguir estas instrucciones podría conducirte a la muerte?”

Fekten dejó de caminar y se volvió para mirar a la mujer más cercana. “Tú. Habla.”

Los ojos de la mujer estaban muy abiertos. “Umm... ¿porque mientras sostengas el hechizo para cancelar vibraciones, no podrás lanzar nada más? Bueno, a menos que tengas un artefacto.”

Él negó con la cabeza y siguió caminando. “Aunque eso es técnicamente correcto, se pierde el punto.” Se detuvo frente a Sebastien. “¿Y tú? Dime por qué la respuesta aceptada te llevará a la muerte.”

Los párpados de Sebastien se abrieron un poco más, pero logró controlar su expresión, ocultando la oleada de temor que le causó ser resaltada. “Si supieras con anticipación que estás tratando con una banshee, entrarías en combate con un hechizo de cancelación de vibraciones ya lanzado, preferiblemente en forma de artefacto, para poder lanzar otras magias tú mismo. Sin embargo, las banshees rara vez hacen ataques directos. ¿Y qué pasa si no sabes que estás siendo atacado por una? En lugar de gritar, es más probable que canten. Su canción tiene una cualidad que favorece la pérdida de concentración, así que para cuando te des cuenta de que algo anda mal, probablemente ya estén lo suficientemente cerca como para cortarte la garganta. Además, tu banshee puede gritar con un aviso de medio segundo, pero la mayoría de los magos no pueden lanzar un hechizo tan rápido. Si logras lanzar el cancelador después de que ella empieza a cantar—digamos si tienes un artefacto capaz de lanzarlo—aún así tendrás que lidiar con la banshee en sí, que no está completamente indefensa, mientras tú estás dentro de un campo que o amortigua las vibraciones tan bien que incluso tus propios movimientos se dificultan, o que deja pasar algunas vibraciones, lo que significa que tal vez la banshee aún puede afectarte con su voz mientras intenta apuñalarte con un cuchillo de cocina.” Su abuelo le había contado precisamente esa historia cuando era niña.

Fekten no negó de inmediato con la cabeza ni se alejó. “Entonces, ¿qué harías tú si sospecharas que estás siendo acechada por una banshee?”

“En el mejor de los casos, si viajases por tierras donde esa criatura pudiera ser un peligro, o si en un pueblo desaparecieran personas una tras otra, habrías preparado con anticipación diversos medios para hacerles frente, incluyendo protecciones, algún artefacto, o algo similar.”

Fekten asintió lentamente y luego miró a los demás estudiantes para asegurarse de que estaban prestando atención. “¿Y tú, Siverling, estás preparada de esa manera?”

“No,” admitió ella, pensando incluso al decirlo que, ‘Quizá debería estar mejor equipada.’ En voz alta, añadió: “Por eso, si sospechara que una banshee me acecha, intentaría lanzarle un hechizo ensordecedor a mí misma, y luego tratar de escaparme sin que ella notara mi pánico, y desde allí, o huir del todo o esperar emboscada para atacarla a distancia.”

Fekten resopló y continuó caminando. “Eso es mejor. Pero aún no es suficiente. La finalidad de esta clase es enseñarte a pensar en la respuesta adecuada, además de que puedas llevarla a cabo. Estoy aquí para enseñarte cómo evitar que te maten por imprudencia o negligencia. No puedo evitar que os asesinéis por estupidez, aunque algunos sin duda acabarán así. Esta clase no trata sobre prácticas seguras de conjuros, sino sobre cómo derrotar o, más realista para vosotros, escapar de un enemigo. Si esperabas usar esta clase para atacar algo y liberar toda tu energía contenida con hechizos destructivos, te equivocas. No tengo suficiente tiempo para enseñarte ambas cosas—cómo defenderte y cómo actuar con esa información—, así que intentaremos aprender ambas a la vez, y no será agradable.”

Se detuvo de golpe, volvió hacia los Flats y les dirigió una mirada firme. “Un cuerpo fuerte es una mente fuerte. A vuestro nivel, si no podéis escapar correctamente, simplemente moriréis, ya que dudo que podáis matar algo más grande que un pixie. Comenzaremos con correr, y luego pasaremos a entrenamiento de fuerza. Os explicaré los peligros del mundo mientras lo hacemos, y deberéis prestar atención y recordar lo que digo, o enfrentaremos más entrenamientos.”

El término “entrenamiento” sonaba más a “tortura,” y aunque algunos se movieron nerviosos y murmuraron en desacuerdo, tan pronto como se giró y los fulminó con la mirada, todos callaron.

“La ropa para el entrenamiento está en la sala de simulaciones. Sígueme, y no se detengan. Nos queda poco tiempo.” Los llevó corriendo hacia el edificio lejano, les asignó prendas sueltas, y los metió en los vestuarios.

Los siguientes cuarenta y cinco minutos fueron algunos de los más duros en la vida de Sebastien, que, mientras Fekten los guiaba en ejercicios y les hablaba sobre los peligros de los pixies y cómo enfrentarlos mejor, parecía no cansarse ni quedarse sin aliento.

Sebastien odiaba el esfuerzo físico, y a pesar de haber desarrollado cierta resistencia por tener que cargar con todas sus pertenencias y caminar durante kilómetros por no haber encontrado un carro para montar, no era buena en ello. Correr, lanzar objetos y deslizarse requerían una forma de preparo muy distinta. Afortunadamente, no solía tener exceso de peso, pero tampoco había sido nunca de hacer trabajo físico. Su forma masculina no parecía mejorar en ese aspecto. Sin embargo, se consolaba pensando que, si alguna vez tenía que huir a toda velocidad de unos policías, estos entrenamientos serían útiles.

A los pocos minutos de comenzar, desistió de seguir adelante sola y, en secreto, lanzó un hechizo esotérico sobre sí misma. Esto amortiguó ligeramente su dolor y permitió que sus pensamientos se desligaran de la sensación, en lugar de estar constantemente enfocada en la quemazón. Le fue de ayuda. Claro que, mantener el hechizo activo mientras prestaba atención a la explicación de Fekten y hacía los ejercicios era difícil, pero consideró que valía la pena el esfuerzo.

Los últimos treinta minutos de clase se dedicaron a estiramientos y a responder preguntas sobre lo que Fekten había explicado.

Finalmente, los liberó, advirtiéndoles que llegaran ya vestidos para la próxima clase si no querían enfrentar castigos no especificados.

Revisión #1

Creado 23 junio 2026 00:06:27 por Edward Elric

Actualizado 23 junio 2026 00:06:31 por Edward Elric